

Washington Irving

# Cuentos de la Alhambra

Prólogo de Andrés Soria



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Tales of the Alhambra*  
Traducción de Ricardo Villa-Real

Primera edición: 1983  
Tercera edición: 2014  
Tercera reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: François Antoine Bossuet: *La Puerta de la Justicia de la Alhambra*. Colección particular.  
© Bonhams, London, UK / Index / Bridgeman  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© De la traducción y prólogo: Miguel Sánchez, Editor, Granada  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1983, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



ISBN: 978-84-206-9140-4  
Depósito legal: M-19.097-2014  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Prólogo
- 19 Nota del editor

## La Alhambra. Una serie de leyendas y apuntes sobre moros y españoles

- 25 El viaje
- 63 El palacio de la Alhambra
- 78 Importantes negociaciones: El autor hereda el trono de Boabdil
- 87 El truhán
- 91 Los habitantes de la Alhambra
- 97 El salón de Embajadores
- 104 Las habitaciones misteriosas
- 115 Panorama desde la torre de Comares
- 123 El balcón
- 131 La ventura del albañil
- 136 El patio de los Leones
- 145 Recuerdos de Boabdil
- 151 Tradiciones locales
- 155 La Casa del Gallo de Viento
- 158 Leyenda del astrólogo árabe
- 181 Visitantes de la Alhambra
- 186 El Generalife

## Índice

- 189 Leyenda del príncipe Ahmed Al Kamel  
o el peregrino de amor
- 229 Un paseo por las colinas
- 240 Leyenda del legado del moro
- 265 La torre de las Infantas
- 267 Leyenda de las tres hermosas princesas
- 295 Leyenda de la rosa de la Alhambra
- 315 El veterano
- 318 El gobernador y el escribano
- 327 El gobernador manco y el soldado
- 349 Una fiesta en la Alhambra
- 356 Leyenda de las dos discretas estatuas
- 379 La cruzada del gran Maestre de Alcántara
- 390 Una expedición en busca de un diploma
- 395 Leyenda del soldado encantado
- 410 Mohamed Ibn Alahmar, el fundador  
de la Alhambra
- 419 Yusuf Abul Hagig, el finalizador de la Alhambra
- 424 El autor se despide de Granada
  
- 428 Notas

# Prólogo

La primera reflexión que debe hacerse ante el famoso libro de Washington es considerar, al modo hegeliano, que la poesía enseña a todas las demás artes. La arquitectura, que iba a convertirse en un despojo para la arqueología, camino de ser una ruina muy bien conservada, es animada y vuelta a la vida por una imaginación poética. No hay duda de que la Alhambra es algo más que un palacio oriental encaramado sobre una colina de Occidente. Sus muros están cubiertos de poesías árabes, de *qasidas* maravillosas que desfilan en rítmicos versos, halagadoras alabanzas, metáforas, primores. Pero el humor sutil, el aire por esencia poético que hoy nos ofrece el monumento, fue revelado al mundo por vez primera gracias a un viajero romántico.

Sorprende considerar este embrujo emanado por el viejo alcázar, presente aún a quien se ha familiarizado con sus íntimos rincones. Y, sobre todo, es todavía un grato que hacer revisar el proceso por el que, en la pasada centuria, alcanzó su magnífico relieve, su fama imperecedera.

Son muchos los artistas que en esta época descubren o crean un ambiente de encantamiento para envolver a Granada. Pintores, dibujantes y poetas se instalan en ella hacia la primera mitad del siglo XIX y van fijando en sus álbumes y cuadernos el encanto fugitivo de sus perfiles. En esta hora romántica, la ciudad –a la que la poesía árabe había prodigado, desde muy antiguo, los requiebros gratos a una mujer– vuelve a ser de nuevo la beldad doncella, cortejada como novia por todos estos artistas. Los viajeros hacen alto ante sus murallas, la contemplan, la escudriñan, escuchan sus sonidos y en ella se quedarían para siempre.

Un viajero norteamericano llegó a Granada en la primavera de 1829. Pocos, tal vez ninguno, de sus compatriotas le había precedido. Washington Irving vivió por algún tiempo en la misma Alhambra, que entonces estaba habitada. Albergaba a una pintoresca tropa de gente media y modesta. Todavía el palacio-fortaleza no había sido privado de su vida activa. Lánguida guarnición militar, sitio real abandonado, era, como sus inválidos guardianes, un reducto del pasado, con mengua de sus regias prerrogativas, pero vivo aún en su melancolía. Las ruinas clásicas invitan a la meditación, provocan el *ubi sunt?* de desesperada respuesta. Pero esta mansión, que resulta destartalada, inmensa para su corto vecindario; que contrasta la riqueza de sus yeserías delicadamente doradas y sus alicatados con la miseria abigarrada de los seres que pasean sus salas, no puede producir en el visitante efectos solemnes, hacer que su pensamiento se recoja y dé frutos meditativos. Washington Irving, ante la abadía de Westminster, se reduce porque aquellos claustros «disponen el

espíritu a una austera contemplación», como dice en el *Sketch Book*. En la Alhambra él enmudecerá delante del espectáculo y dejará sus sentidos en libertad de aprehender la explosión poética significada por un mundo de historia, animado por una vida que alienta entre nostálgica e inocente.

La Alhambra es la fortaleza de la cristiandad —dice el autor al narrarnos la primera leyenda— donde más se duerme. Pudiera haber añadido: y donde más se sueña. Porque los habitantes del recinto, los «hijos de la Alhambra», pobres huéspedes de salones suntuosos, no contentos con lo que ven y poseen todos los días, amontonan los tesoros de su imaginación. Irving se complace en repetir que los hombres y las mujeres entre los que vive son extraordinariamente felices. Lo son por esto, por gozar sin límites de las noches estrelladas o del canto de los pájaros, al alba. Y por sumar a estos regalos tan inocentes las fábulas mentidas, las fantásticas evocaciones de los días gloriosos del Alcázar.

\*

Washington Irving, nacido en Nueva York, casi diez años después de la independencia americana, es uno de los primeros escritores de su país en el tiempo y en la popularidad. Reúne múltiples facetas en su obra. La ternura, el humorismo de pura cepa anglosajona y la gracia asoman desde sus primeros ensayos. Con el título de *Salmagundi, or the Whim-Whams and Opinions of Launcelot Langstaff and Others* publicó, junto con su hermano William y Mr. Paulding, una serie de ensayos misceláneos de gran aceptación. Pero sobresale Irving como historiador y biógrafo.

Su actividad historiográfica se desarrolla hasta 1836 y produce las obras más importantes, para dejar paso desde esta fecha a la biografía en la que retrata hombres de acción —el capitán Bonneville, George Washington, Mahoma— y escritores como Goldsmith.

Como historiador, Washington Irving es, quizá, el prototipo del historiador romántico. Muy lejos de la seriedad investigadora de los grandes maestros de la historia en el siglo XIX. Admirador de Walter Scott, cosmopolita, viajero infatigable, la historia se le presenta como museo de delicias. La confunde con la leyenda y, aun en los momentos más críticos, la bordea. Así narra los orígenes de su ciudad natal con el nombre de Dietrich Knickerbrocker en *A History of New York from the Beginning of the World to the End of the Dutch Dynasty* (1809). Knickerbrocker es un fantástico compilador de una deliciosa historia cómica.

Pero, a pesar de esto, nunca será bastante exaltada su personalidad de historiador, sobre todo desde España. Él fue el primero en avizorar para sus compatriotas eruditos los horizontes históricos de nuestro país. Indicó el camino que habían de seguir Ticknor y Prescott y, en general, puede decirse que el acercamiento norteamericano a nuestra vieja civilización tiene por precursor indiscutible al inquieto soñador del Hudson.

Aunque las obras históricas envejecen rápidamente, perdura en ellas su valor literario, de obras de arte. Así, las de Irving agradan hoy al historiador y al amante de la literatura.

Con relación a España, Washington intentó traducir la *Colección de viajes y descubrimientos* de Martín Fernández Navarrete, Madrid, 1825-1837, y esto e investigacio-

nes en archivos le permitieron escribir *Hystory of the Life and Voyages of Christopher Columbus*, Londres, 1828, seguido de *The Voyage and Discoveries of the Companions of Columbus*, Filadelfia, 1831. En ambos libros resplandece la soñadora personalidad del Almirante.

El lado musulmán de nuestra historia le hizo dar a la estampa la *Crónica de la conquista de Granada* (1829)<sup>1</sup> —muestra de una afición de Irving por los temas islámicos que le llevaría después a historiar al Profeta y a sus sucesores, en un libro popular y leído hoy con agrado por el gran público de habla inglesa.

Por último, su etapa de contacto español se cierra con un libro redactado e impreso en 1832, *The Alhambra: a series of tales and sketches of the Moors and Spaniards*, divulgado en su lengua original y en las versiones con el título universal de *Cuentos de la Alhambra*.

En este libro hallamos, conforme a su título original, un doble plano de cuentos y de esbozos que abarcan a los moros y a los españoles. El conjunto se nos ofrece misceláneo, aunque centrado en el monumento. Años antes, el ardiente escritor francés Chateaubriand, que visitó Granada en 1807, se había inspirado en ella para su novela. La técnica romántica se esforzaba en presentar como contraste a las dos religiones en pugna constante bajo las arquerías alhambrenas.

1. Las dos versiones más importantes son *Crónica de la Conquista de Granada*, escrita en inglés por Mr. Washington Irving, traducida al castellano por don Jorge W. Montgomery; Madrid, Sancha, 1831 (2 vols.), y la *Historia de la Conquista de Granada* (extracto de la versión francesa por Adriano Lemercier; Barcelona, Subirana, 1861, con grabados anacrónicos).

Después de Irving vendrían viajeros franceses, ingleses, italianos, que no dejarían de solazarse ante la belleza de los alcázares. Pero ni el precedente de Chateaubriand, ni las páginas de Gautier, Dumas, Ford, Borrow o De Amicis, tienen contacto con el libro del americano, que es único por la forma y el contenido. Llama la atención, en primer lugar, por su diversidad. Después de un relato de viaje desde Sevilla, atravesando la cadena de vegas cerradas del Genil, las hoyas abundantes de Antequera y Loja –relato que es, por su amenidad y factura, uno de los mejores entre los de su género–, el autor se pone en contacto con el mundo actual de la Alhambra. Inmediato a él, surge el contraste de las reflexiones filosóficas sobre el pueblo árabe, que el autor considera con extraordinaria simpatía. La Alhambra es un reducto oriental entre edificios góticos: escenario romántico, capaz de producir el más pintoresco de los ambientes. Ha sido construida por un pueblo que recorrió la historia con deslumbrante rapidez. El historiador Washington hace su pequeña filosofía: la milagrosa habitación donde vive y se pasea es monumento de unos hombres que pasaron fugazmente, que fueron y que, sin embargo, supieron dejar como rastro este «recuerdo elegante».

Si Irving se hubiera limitado a recrear sobre esta base un mundo de su fantasía, la mistificación apenas hubiese gozado de una fama efímera. El artificio hubiera dejado ver la falsedad de sus engarces. Las novelas históricas surgidas en torno a Granada, nacionales y extranjeras, no son leídas hoy por nadie, y su interés solicita si acaso a los especialistas. Algunas fantasías literarias, incluso las de Zorrilla –tan favorecidas por el halago de los versos fáci-

les-, han sido relegadas al olvido, no pueden espolear la imaginación del lector como lo hacen los *Cuentos de la Alhambra*. No ha sido posible edificar un alcázar de poesía que supere al palacio del agua y el arrayán. Puja más la arquitectura, el campaneo de la Vela, la combinación exacta de encantos naturales y de artificio gastado por el tiempo. Sólo la Alhambra viva puede dominar a la muerta, animando a su vez sus azulejerías y sus patios. El secreto de Washington Irving fue dejar expresar a la Alhambra, no ser más que el instrumento, el trujimán de esta fortaleza y palacio, únicos en el mundo.

Emilio García Gómez ha señalado cómo han perdido interés aquellas leyendas puramente moriscas, una vez alejado el gusto por lo exótico oriental, en el conjunto de los *Cuentos*. Y ha puesto de manifiesto que los tiempos vivos que Irving captó han conservado un atractivo inmarchito, sugiriendo la posibilidad de que fueran contadas nuevas leyendas, toda vez que, si no en el propio alcázar, en su recinto, hay moradores todavía, acaso tan dispuestos a provocar la llama de poesía como los viejos «hijos de la Alhambra»<sup>2</sup>.

Irving no inventa las leyendas que nos narra. Todas han sido recogidas –ya comienza el fervor folklórico– de boca de los vecinos de la Alhambra. Mateo, escudero, guía y asiduo del escritor, es también su historiógrafo. El autor había dicho de Dietrich Knickerbrocker: «Sus historias, sin embargo, tenían por base no los libros, sino más bien los hombres, porque los primeros son lamentablemente

2. Emilio García Gómez, *Silla del Moro y Nuevas Escenas Andaluzas*, Madrid, Revista de Occidente, 1948, págs. 47 y ss.

discretos sobre sus asuntos favoritos y hay que buscar a los viejos habitantes y más aún a sus mujeres, ricas en relatos legendarios, tan preciosos para la historia verdadera»<sup>3</sup>.

Las tradiciones locales son justificadas por Irving ciertamente con intuiciones y atisbos sobre el tradicionalismo literario, admirables desde nuestros actuales puntos de vista. El pueblo español tiene –según Irving– una tendencia oriental hacia los cuentos. Esta tendencia se desarrolla favorecida por la escasa instrucción, la incomunicación y la falta de lecturas y espectáculos que puedan disipar las fantasmagorías de los narradores. Esta «tradición analfabeta» –como recientemente la ha llamado Pedro Salinas– florece en torno a la Alhambra. Insiste Washington en resaltar el tono oriental –productor de la mayor fantasía cuentística del mundo– acentuado aquí, no sólo por los incentivos exteriores, sino por un delirio de pobres, de desheredados, que sólo atesoran en la imaginación.

Las leyendas no dejan de tener un fondo más o menos histórico. Irving se excusa de su inverosimilitud, ya que el marco de todos sus relatos, la Alhambra, es por sí un palacio encantado y encantador, poetizador al mismo tiempo.

No sería difícil puntualizar las fuentes de las leyendas de Irving, especialmente de las moriscas. Algunas parecen brotadas de un pequeño germen local, desarrollado y amplificado (*Leyendas en torno a las Torres: de Siete Sueños, de la Cautiva*, etc.). Otras enlazan con temas comunes a la cuentística de otros países, oriental sobre todo, por

3. *The Sketch Book of Geoffrey Grayson Gent* (1819-1829), *Historia de Rip Van Winkle*.

ejemplo la del *Astrólogo árabe*, cuyo tema es muy parecido al de un cuento ruso popularizado por *El Gallo de Oro*.

Por último, hay leyendas en las que el tema morisco no es esencial y se toca de pasada para que proporcione brillantes notas de color. Irving suele utilizar el material de unas leyendas para urdir otras. Así, la figura femenina del *Astrólogo árabe*, la misteriosa princesa hispanogoda de la lira de plata, volverá a animarse en la historia de las *Dos discretas estatuas*. La tímida Zorahaida, cautiva indecisa y cuyo perfil había quedado melancólicamente desdibujado en la *Leyenda de lastres hermosas princesas*, será bautizada y legará su laúd mágico a *La rosa de la Alhambra*, uno de los cuentos mejor compuestos de todo el libro, con la maestría de los cuentistas clásicos italianos o de los románticos franceses de su hora.

Siguiendo el procedimiento de vincular las leyendas a los habitantes de la Alhambra, los personajes vivos suministran el caudal más importante del libro. Ellos le proporcionan su encanto romántico, ese fuerte atractivo pintoresco y fino. De esta parte sobresalen todos los «hijos de la Alhambra», que son estos mismos tipos sorprendidos por el lápiz del dibujante en sus pasos del bolero, en un atardecer morado, teniendo por telón de fondo la línea de torreones. O esos abigarrados conjuntos que se sientan con majestad de reyes en el ajimez partido del «Peinador de la reina». La rica iconografía de este tiempo nos permite ver plásticamente esta multitud de que nos habla el autor.

Irving cuenta también las tradiciones militares de la fortaleza. El narrador es un coronel inválido que habita en la

Puerta del Vino, con el que el autor simpatizó sobre todo por haber luchado en la independencia norteamericana y haber conocido personalmente a George Washington. De su boca recoge las extraordinarias y divertidas andanzas del *Gobernador manco*, narradas con toques que recuerdan el tono de Beaumarchais. Evocan la España del sombrero de tres picos, es decir, la España del XVIII, con su colorido grácil y musical tan gustado por los extranjeros y que Irving siente tanto por su formación literaria.

Andrés Soria

## Nota del editor

La primera edición de los *Cuentos de la Alhambra* apareció en Londres en 1832. La presente edición de ALB es traducción de la refundición hecha en 1857 por el propio Washington Irving para Putnam, Nueva York. En ella se incluyen algunos capítulos más (Una fiesta en la Alhambra, La Cruzada del Maestre de Alcántara y la Leyenda del soldado encantado), así como adiciones en algunos párrafos y alteraciones en el orden de los capítulos.



A David Wilkie, Esq. R. A.<sup>4</sup>

*Mi querido amigo:*

*Recordará usted que, en las andanzas que realizamos juntos una vez por algunas de las viejas ciudades de España –singularmente Toledo y Sevilla–, advertimos una fuerte mezcla de lo sarraceno con lo gótico, reliquias conservadas desde el tiempo de los moros; y que fuimos sorprendidos con frecuencia por escenas e incidentes callejeros que nos recordaban pasajes de Las mil y una noches. Entonces me estimuló usted a que escribiese algo que pudiera ilustrar estas peculiaridades, «algo al estilo de Harum al Raschid» que tuviese regusto de ese perfume árabe que todo lo impregna en España. Traigo esto a su memoria para hacerle ver cómo, en cierto modo, es usted el responsable de la presente obra, en la que he recogido algunos «arabescos» de la vida y de las leyendas, basados en tradiciones populares, pergeñadas principalmente durante mi estancia en uno de los lugares más morisco-españoles de la Península.*

*Le dedico estas páginas en recuerdo de las gratas escenas que presenciamos juntos en el país de la aventura, y como testimonio de consideración por sus prendas personales, a la cual tan sólo excede la admiración por su talento.*

*Su amigo y compañero de viaje,*

*El Autor*

*Mayo, 1832*

4. Dedicatoria del autor a su amigo, pintor inglés, aparecida en la primera edición inglesa con el título *The Alhambra or the New Sketch Book*, Colburn and Bentley, 1832. Las iniciales corresponden a Esquire –título honorífico que se coloca siempre detrás del apellido– y a *Royal Academy*. (N. del T.)



# La Alhambra

Una serie de leyendas y apuntes  
sobre moros y españoles



# El viaje

En la primavera de 1829, el autor de este libro, que se había sentido atraído a España por la curiosidad, hizo una excursión desde Sevilla a Granada, en compañía de un amigo, miembro de la embajada rusa en Madrid. El azar nos había reunido desde apartadas regiones del Globo, y movidos por semejanza de aficiones, vagamos juntos por las románticas montañas de Andalucía. Dondequiera que lea estas páginas, ya se encuentre ocupado en las obligaciones de su cargo, incorporado al protocolo de las Cortes o meditando en las glorias más genuinas de la Naturaleza, sirvan ellas para recordarle los incidentes de nuestra amigable camaradería y el recuerdo de aquel a quien ni el tiempo ni la distancia harán olvidar su valía y gentileza.

Y ahora, antes de seguir adelante, permitidme que haga unas previas observaciones acerca del paisaje y los viajes en España. Muchos hay propensos a figurarse a España como una apacible región meridional engalanada con los lozanos encantos de la voluptuosa Italia. Antes al contra-